

## Los sucesos del Sánchez Pizjuán (II)

Ya no se es aficionado al fútbol, sino a un equipo o a otro. Y el ser de un equipo supone pertenecer a un grupo concreto que puede tener una determinada tendencia política (no fichar más que a vascos, por ejemplo, aunque eso se enmascare con que los jugadores son de la cantera, es, más que una política de equipo, una forma de ver la Política), que se identifica con su ciudad y con los supuestos competidores de la misma (hasta el punto de que cada vez que se obtiene un título, se hace la ofrenda del trofeo a la Virgen patrona de la localidad, a la que se agradece la ayuda prestada, como si los otros equipos no tuvieran de patrona a la misma Virgen), y, sobre todo, supone pertenecer a un grupo que puede tener unas determinadas fobias, de manera que amar ciegamente a unos colores conlleve odiar ciegamente a otros. Una vez que se es de un equipo, ya no se puede ser de otro, ya no se puede dejar de ser de ese equipo, al que se ama con la enfermiza determinación que uno se enamora de las mujeres fatales, aunque te engañen, aunque te manejen, aunque te destruyan, así que ya puede bajar el equipo de categoría o ya puede tener de presidente a un loco y de jugadores a unos vagos, que el seguidor de un equipo lo seguirá siendo, porque uno es de un equipo hasta que se muere y, quizá, hasta más allá de la muerte.

En ese contexto de ciega pertenencia grupal, quienes alimentan los sentimientos más negativos alimentan también la electricidad estática del ambiente. Los primeros, algunos directivos, que ahora reniegan de los grupos violentos pero que durante años los han estado engordando con subvenciones y parabienes, porque los ultras son los que más presión meten al árbitro y al adversario. Esos mismos directivos no dudan en sacar balones fuera cuando el equipo va mal, hablan de campañas orquestadas contra ellos porque su equipo es de tal sitio, o porque es más débil o porque le tienen ojeriza, culpan a los árbitros de sus derrotas pero no de sus victorias y echan a la calle al entrenador dos semanas después de haberle renovado el contrato.

Otros que meten presión en el ambiente son algunos periodistas deportivos. La imparcialidad que debe exigirse a todo periodista en el ejercicio

de su profesión, no existe, sin embargo, en el ámbito deportivo. Se supone que los periodistas de una localidad son forofos del equipo de fútbol de esa localidad (no hay más que oír cómo cantan unos goles y otros) y que deben apoyarlo pase lo que pase. Y eso, que ya de por sí es extraprofesional en un pueblo, resulta bochornoso cuando se trata de periódicos de ámbito nacional, como les ocurre a los de Madrid y Barcelona. El periódico deportivo ya no se dirige a un lector consecuente, sino a un forofo, como se dirige a un forofo el periódico de un partido político o el político que habla en un mitin.

Además, mucho periodismo deportivo de alto nivel ha dejado de informar de deportes para ser cronista de sociedad. Lo que importa, también aquí, es la audiencia. Y al parecer vende más el periodismo deportivo de sucesos que el descriptivo, vende más el insulto y la descalificación que la opinión seria y respetuosa, y vende más el hablar de lo que rodea al partido, sobre todo si es escandaloso, que el partido mismo.

En fin, que alrededor de este juego se ha creado una presión enorme: la pasión, el poder, el dinero, la política, y casi todo lo que hace estremecer o mueve al hombre es explotado o utilizado en ese afán supuestamente épico que tienen las batallas, a las que emulan los encuentros. El fútbol y otros deportes han sido ensuciados y envilecidos con insultos, mentiras, parcialidad, supersticiones, nacionalismo patatero y otra cochambre parecida, con lo que la batalla limpia e incruenta que debe ser todo juego acaba convirtiéndose no pocas veces en una batalla campal.

Juan Bosco Castilla